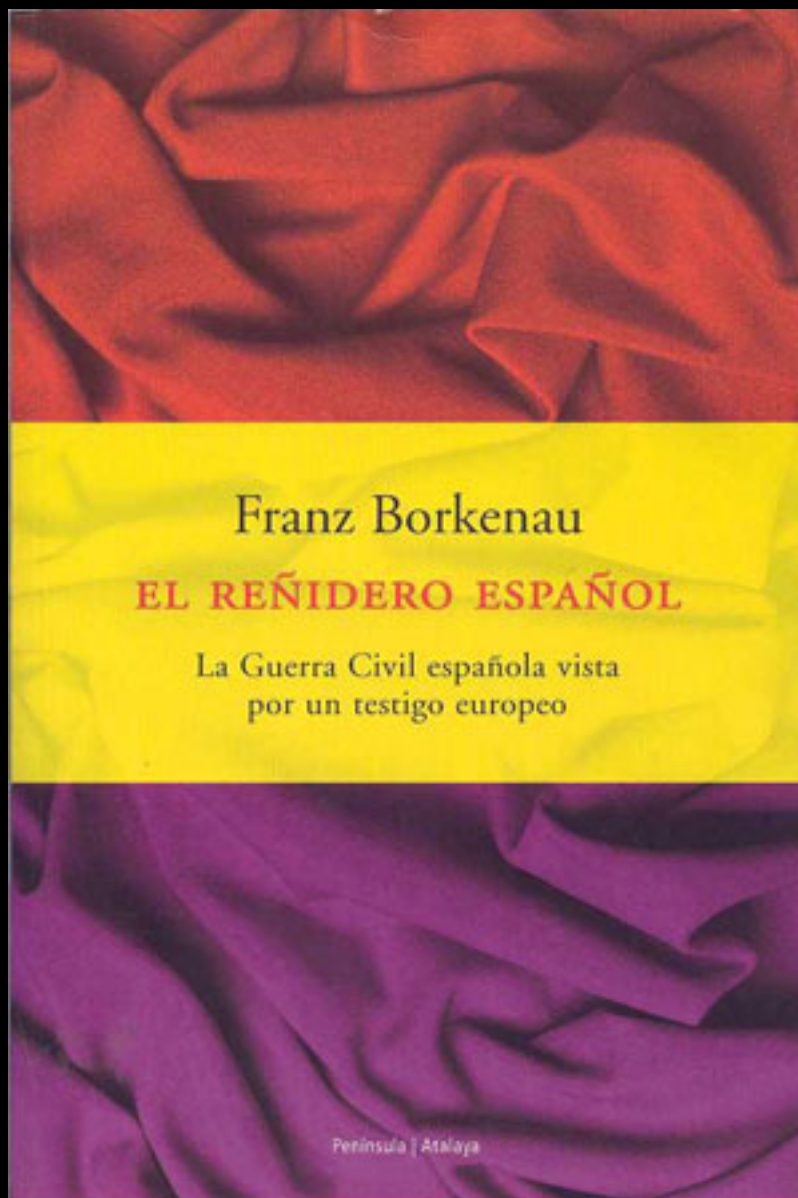


# FRANZ BORKENAU

Vedere le pagine di [Mario Brotons](#) - [Miguel Pascual Mira](#) - [Cerro Muriano](#) e [Patricio Hidalgo](#)

Mira los paginas de [Mario Brotons](#) - [Miguel Pascual Mira](#) - [Cerro Muriano](#) y [Patricio Hidalgo](#)





[Cliccare sulle immagini per ingrandirle](#)

[Clic en las imágenes para magnificarlas](#)

FRANZ BORKENAU

# El reñidero español

La Guerra Civil española vista  
por un testigo europeo

PRÓLOGO DE HENRI THOMAS  
TRADUCCIÓN DE ANTONI CARDESA

P  
EDICIONES PENÍNSULA  
BARCELONA

## EL REÑIDERO ESPAÑOL

emboscada. Terminaron el coche, la periodista cayó herida y la capturaron voluntarios fascistas.<sup>8</sup>

Pasamos la noche en Montoro, donde se hallaba el cuartel general del frente de Córdoba. Alrededor de la medianoche, me desperté sobresaltado a causa de cuatro fuertes explosiones. Me precipité escaleras abajo y vi con asombro que el hostalero estaba hablando tranquilamente con sus amigos. Cuando le pregunté por las explosiones, sonrió y me contestó en un tono mansuético: «Son sólo golpes de gracia». Habían sido cuatro descargas certeras de una ejecución en masa que acababa de tener lugar justo al lado del pueblo, y, al parecer, el ruido era tan normal que ya nadie le prestaba atención. Si bien en esta zona la transformación revolucionaria de la sociedad es mínima, la Guerra Civil es sin duda más cruel que en los demás sitios.

### 3 de septiembre

En el cuartel general de Morera nos enteramos de que el flanco septentrional del ejército del Gobierno lanzaría un ataque sobre Córdoba a la mañana siguiente desde el pueblo de Gema Mariano, hacia donde nos dirigimos a través de la zona minera de Peñarroya. Actualmente, las minas ya no se explotan: algunas las abandonaron en 1930, al empezar la crisis económica mundial; otras, durante la revolución de 1931 o más tarde; otras, en febrero de este año y los meses siguientes, por motivos tanto económicos como políticos, y las demás (ya muy pocas) tras el inicio de la Guerra Civil, puesto que, evidentemente, no resultaba rentable gastar dinero en unas minas que sin duda pronto serían expropiadas. Más o menos la mitad de las minas eran propiedad de españoles, mientras que la otra mitad pertenecía a diversas empresas extranjeras. Principalmente, se extraía de ellas plomo, bi-

<sup>8</sup> Murió a causa de las heridas mientras estaba encerrado en Córdoba como prisionero de guerra.

mujo y cobre, por lo que parte de su producción sería muy importante para la industria de municiones. Pero ni los propios mineros ni la administración del Estado han hecho el más mínimo intento de volver a explotarla. Hay que tener en cuenta que la Guerra Civil está siendo en esta zona muy despiadada. Existe aquí un odio inveterado e inextinguible entre la Guardia Civil, por un lado, y los mineros y braceros, por el otro. La guerra ha dado a ambos bandos la oportunidad de saciar sus ansias de venganza. En Pozoblanco, por ejemplo, un pueblo de entre 20.000 y 25.000 habitantes, la Guardia Civil se rebeló el primer día de la guerra con la ayuda de la poca gente rica de este remoto rincón de España. Como disponían de más y mejores armas que los mineros, se apoderaron del pueblo; pero éstos, en vez de rendirse, consiguieron armas del Gobierno y sitiaron su propio pueblo durante cuatro semanas hasta que la falta de comida obligó a la Guardia Civil a rendirse. Entonces los mataron a todos, unos 170 en total. En represalia, durante los cuatro días siguientes el pueblo fue bombardeado tres veces y murieron un par de personas. Pero Pozoblanco no se arrepiente: se ha librado de la Guardia Civil. Por su parte, la policía local sigue en activo, igual que en el resto de Andalucía. Esta tragedia se ha desarrollado exactamente del mismo modo en muchos pueblos del este de Andalucía.

Sobre la una de la tarde, llegamos al cuartel general del sector septentrional del frente de Córdoba, instalado en un hospital, un sanatorio muy agradable. Por el contrario, los miembros del estado mayor no lo eran tanto. Aunque había conocido ya unos cuantos estados mayores, de diversos niveles de competencia y amabilidad, algunos muy buenos (según los criterios existentes) y otros no tanto, nunca había visto nada semejante. Lo primero que nos dijeron fue que la ofensiva había fracasado y que, en cambio, el enemigo les había estado atacando constantemente desde las seis de la mañana. El hecho de que el enemigo hubiera empezado a atacar precisamente pocas horas antes de la ofensiva planeada por el bando del Gobierno era una coincidencia sorprendente, pero no parecía que el estado mayor lo

## EL RESIDERO ESPAÑOL

tuviera en consideración. Tampoco les importaba el fracaso de la operación ni, en realidad, la propia guerra. Mientras que a pocos kilómetros de distancia una posición importante estaba sufriendo un violento ataque (y las cosas no iban bien para el bando del Gobierno), el estado mayor, oficiales, médicos y enfermeras (de profesionalidad más que dudosa) estaban tranquilamente sentados almorzando, charlando, coqueteando y contando chistes verdes sin preocuparse en lo más mínimo de sus obligaciones, sin ni siquiera intentar establecer contacto con las tropas del frente, de las que hacía horas que no sabían nada. Las enfermeras desatendían de la manera más vergonzosa y repugnante a los heridos que llegaban de vez en cuando. Finalmente, hacia las tres de la tarde, tras haber tenido que soportar lo que el estado mayor consideraba un buen comportamiento, seguimos avanzando hacia el frente, hacia el pueblecito de Cerro Muriano.

Cuando llegamos, a las tres y media, nos encontramos en medio de un pandemónium. A poca distancia del pueblo, hay una pequeña colina arbolada donde, de vez en cuando, se oía ruido de fusiles y ametralladoras. A la derecha del pueblo, el bombardeo de la mañana había incendiado el bosque. En el momento de nuestra llegada, la lucha no era, evidentemente, muy intensa. Pero presenciábamos una escena que hasta entonces yo sólo conocía por relatos de la Guerra de los Treinta Años, aunque seguramente ocurrieron cosas semejantes durante la Guerra Mundial. Toda la población estaba huyendo: hombres, mujeres y niños; a pie, montados en asnos o en coches y camiones que habían permanecido concentrados a la entrada del pueblo opuesta al frente para transportar tropas, municiones y comida. Los habitantes se habían abalanzado sobre los vehículos y, o bien se los llevaban ellos mismos (los pocos que tenían confianza), o bien, fuell en mano, habían obligado a los conductores a desobedecer las órdenes, abandonar el campo de batalla y transportar a los fugitivos. Todo esto, naturalmente, en medio de un gran caos. Las mujeres llevaban a sus hijos en brazos y al ganado atado con cuerdas; ellas sollozaban, los niños lloraban; los hombres inter-

taban caigar con todas las pertenencias de que eran capaces en medio de las prisas. En pocos minutos, el pueblo quedó desierto. Muchos de los hombres que habían llevado las siglas de la CNT en sus gorras (Cerro Muriano ya está en la provincia de Córdoba, que es mucho más anarquista que Jaén) e iban armados con fusiles, pero no para usarlos contra el enemigo, sino contra cualquiera que intentase impedirles la huida. Todos los guardias del pueblo, las milicias campesinas locales, habían puesto pies en polvorosa, incluso eran quienes marcaban el ritmo de la desenfrenada huida para los que venían detrás. En aquel momento, el único coche que no se dirigía a la retaguardia, sino al frente, era el maestro, el de los correspondientes de prensa. Nos detuvimos; el conductor y el guardia se apearon y desenfundaron los revólveres. Usos cuantos desertores del ejército de Franco, todos ellos antiguos afiliados a la UGT y la CNT, que estaban por casualidad en el pueblo en el momento del desastre, se unieron al conductor y al guardia. Esperaron a detener los coches y camiones que huían: apuntaban las armas a las cabezas de los conductores y, añadiendo reproches e imprecaciones a la amenaza de las pistolas, los hacían parar. Las mujeres y los niños debían seguir hasta llegar a un lugar seguro, pero todos los hombres excepto los conductores de los vehículos debían quedarse y defender el pueblo. ¿No era vergonzoso que hombres armados con buenos fusiles y que llevaban la digna insignia de la CNT en sus uniformes estuvieran huyendo como cobardes? «Los fusiles no sirven de nada contra las bombas», replicaban a gritos los fugitivos. Algunas veces, la amenaza de las pistolas desobedecidas, más cretana y perentoria que la de la batalla que dejaban atrás, funcionó, si bien sólo momentáneamente: algunos camiones se detuvieron, algunos hombres se apearon, pero tan pronto como el poco numeroso grupo que intentaba establecer la disciplina se había alejado unos cuantos metros para hablar con el siguiente coche, volvían a subir a sus vehículos y se alejaban a toda prisa.

No describí lo que había pasado exactamente hasta unas horas más tarde. El pueblo había sufrido durante toda la mañana

un bombardeo continuo desde el aire, de vez en cuando acompañado de fuego de artillería. Luego se había hecho la pausa acostumbrada durante las horas de la siesta, más o menos desde la una hasta las tres y media de la tarde, rito que observan los dos bandos desde el inicio de la guerra. Y justo cuando llegamos nosotros se acababa de reanudar el bombardeo del pueblo, y los habitantes, con los nervios destrozados, ya no lo habían podido aguantar más. Cuando entramos, el pueblo tenía un aspecto lamentable: todas las casas abandonadas, la mayoría de las puertas cerradas, gatos, perros y cerdos vagando impotentes por las calles y los patios. Pero la línea del frente, a diferencia de la guardia del pueblo, se mantenía firme. A pesar del ataque de pánico, el pueblo había sufrido muy pocos desperfectos: no había ningún edificio destruido o en llamas.

El flanco izquierdo de Cerro Muriano está protegido por un terraplén por donde pasa la vía férrea que resultó una defensa muy valiosa. De vez en cuando, las huías llegaban a las calles, pero en general pudimos acercarnos a la línea del frente sin problemas. Justo tras la línea, en la parte delantera del pueblo había una especie de barracón que probablemente en tiempos de paz usaban los ferroviarios y que ahora albergaba un puesto de la Cruz Roja. Nos detuvimos ahí. Había pocos heridos. La columna que combatía ante nosotros estaba integrada por el número de hombres usual entre las columnas de las milicias, de 300 a 400. En el hospital donde se alojaba el estado mayor había menos de diez heridos y ahora, en el puesto de la Cruz Roja, no había más de diez. Veinte heridos en total, entre los que había de todo, desde casos insignificantes hasta casos graves, o sea, de un cinco a un siete por ciento de todos los efectivos, que no es un porcentaje muy elevado que digamos tras siete horas de lucha. Sólo había habido tres o cuatro muertos. El pánico se hacía, pues, cada vez más incomprensible. Mientras tanto, observé cómo se trabajaba en el puesto de la Cruz Roja. Me extrañó comprobar que todos los milicianos ingresados, independientemente de que los hubieran traído por un simple ataque de nervios (lo que era muy

frecuente) o por heridas graves, tenían la misma actitud: para ellos, aquello ya había terminado; se consideraban muertos o, mejor dicho, se hacían el muerto. Los dos médicos, prontos y eficientes, empezaban preguntando a cada paciente qué le pasaba, pero en ningún caso obtenían respuesta. Debían descubrirlo por ellos mismos, *desistióskolas* y examinando sus cuerpos en busca de heridas. De pronto, hubo una gran explosión muy cerca de donde estábamos. Una bomba había estallado a pocos metros del puesto de la Cruz Roja, a pesar de que exhibía una bandera con la cruz roja que era imposible no haber visto. Al punto todos los hombres se echaron al suelo y únicamente los tres periodistas permanecimos de pie (es evidente que no sirve de nada ponerse a cubierto de las bombas si estás dentro de un edificio, pero la instrucción recibida por los milicianos había convertido ese acto en una reacción instintiva). Los heridos no hicieron ningún movimiento, pero una enfermera empezó a sollozar con histérico. A diferencia de esta escena que acabábamos de contemplar, el comportamiento de los médicos fue excelente: en ningún momento dejaron de cumplir con su deber—evidentemente, no eran de la misma ralea que los que habíamos conocido pocas horas antes en el cuartel general del estado mayor. El bombardero enemigo, después de arrojar unas cuantas bombas en la parte posterior del pueblo, se alejó, al bien volvió al cabo de pocos minutos. Mientras tanto, había intentado alcanzar la línea del frente, pero el intenso fuego de las ametralladoras me lo impidió. Decidí refugiarme en el túnel que pasaba bajo las vías del tren y descubí con gran sorpresa que las bombas que estaba arrojando el enemigo eran de una calidad pésima: tan sólo hacían unos hoyos de pocos centímetros de profundidad. Resultaba evidente que tales proyectiles eran inofensivos a menos que te cayeran encima. Desde la boca del túnel donde me había refugiado vi estallar una bomba a pocos metros: la onda expansiva me empujó hacia atrás, pero eso fue todo. Las balas de las ametralladoras causaban muchos más problemas. En este aspecto, las cosas tomaron un cariz desagradable. Al principio, los disparos proce-

dían únicamente del frente, pero ahora se acercaban también por la izquierda, desde el otro lado de la vía férrea: unos cuantos artilleros moros habían superado el flanco izquierdo de las líneas del Gobierno sin hallar oposiciones. Podían entrar en el pueblo en cualquier momento.

Las cosas se fueron poniendo cada vez más feas. Si los moros nos atrapaban en el túnel donde nos habíamos refugiado, tendríamos muy pocas posibilidades de explicarles que éramos neutrales: nos matarían inmediatamente. Así pues, aunque pudiera resultar peligroso, debíamos abandonar nuestro refugio, salir a campo abierto y abandonar el pueblo lo más deprisa posible. Claro que se trata de algo más fácil de decir que de hacer. Primero tuvimos suerte y salimos del túnel aprovechando una pausa en que no hubo bombas ni disparos. En la carretera principal había un capitán con unos cuantos hombres que examinó nuestra documentación con una tranquilidad y cortesía admirables—fue el único oficial que se comportó con firmeza aquel día, y por la noche me enteré de que había restablecido el orden y la confianza en la línea del frente, con lo que evitó una catástrofe. Sin embargo, al cabo de muy poco rato una ametralladora volvió a abrir fuego desde muy cerca, aunque no pudimos ver a los moros porque se habían agazapado al otro lado del terraplén. Estábamos bajo fuego cruzado, pues además de los moros por la izquierda, el grueso de los insurrectos disparaba contra el pueblo desde la derecha. Fuimos desfilándonos de una casa a otra aprovechando las pausas de las ametralladoras. Mientras tanto, las bombas seguían cayendo sin interrupción. Ahora había dos aviones enemigos que se turnaban para ir a buscar bombas y arrojarlas sobre el pueblo, y lo hacían sin ninguna oposición. Durante el almuerzo se había dicho que la aviación del Gobierno había recibido órdenes de participar en el combate, pero ningún avión republicano hizo acto de presencia. La ineficacia de las bombas era ridícula: alrededor de la mitad no llegaba a estallar y la otra mitad causaba muy pocos daños. Cuando, al atardecer, cesaron los bombardeos, ni una sola de las cauchas

de este misérrimo pueblo estaba en llamas. Pero el sólo hecho de estar bajo un bombardeo continuo durante tres horas, desprotegido y sin aviones que ataquen a los bombarderos, destroza los nervios. Finalmente pudimos salir del pueblo. A pocos metros de las últimas casas había aparcados unos cuantos coches y camiones que habían regresado después de la evacuación. Pero las escenas de huida de la tarde se volvieron a repetir, con la única diferencia de que ahora no era la gente del pueblo la que abandonaba sus casas, sino los milicianos que, solos o en grupos pequeños, abandonaban la línea del frente y obligaban a los vehículos a llevarlos. El caos fue absoluto. Los milicianos decían que los oficiales habían echado a correr primero. Entonces, ¿por qué se tenían que quedar ellos? Un hombre entró en nuestro coche y, cuando le pregunté qué pretendía, me contestó llamamente: «Escapar».

De nuevo nos vimos obligados a refugiarnos, esta vez en un pequeño túnel que pasaba bajo la carretera. Caían demasiadas bombas y demasiado cerca como para arriesgarnos a salir conduciendo. El conductor y el guardia de nuestro coche habían demostrado un comportamiento admirable al venir a recogernos a este pueblo bombardeado y ametrallado. En cambio, el conductor de otro coche de periodistas había huido ignominiosamente. Entre las diversas unidades de las milicias hubo diferencias similares. Mientras las tropas de Jaén y Valencia lucían ante nuestros ojos, llegó un pequeño grupo de milicianos de Alcoy, antiguo centro revolucionario de la provincia de Murcia. Resistieron el bombardeo—que, repito, no causó daños de consideración—con despreocupación y valentía. Había dos mujeres en el grupo que demostraron ser más valerosas incluso que los hombres. Sin embargo, este grupo estaba totalmente dominado por la indisciplina. El túnel donde nos habíamos refugiado distaba mucho de ser a prueba de bombas; como mucho, era un lugar adecuado para ocultarse. Pero al final no sirvió ni para eso, ya que, cada vez que cesaba momentáneamente el bombardeo, los milicianos de Alcoy salían a gatas del refugio para ver los aviones enemigos. Fi-

nalmente, llegamos sanos y salvos al cuartel general, donde los oficiales seguían tan indiferentes como a mediodía.

Durante esta batalla, pude hacer unas cuantas observaciones generales. El enemigo no tuvo que pasar por la dura prueba de soportar un bombardeo llevado a cabo sin ninguna oposición. No puedo saber cómo se habrían comportado los moros en tales circunstancias, pero no me cabe duda de que son mejores soldados que los milicianos: no sólo son más valientes, sino que se movían más deprisa y saben aprovechar las oportunidades. Así lo demostraron al superar el flanco izquierdo de las líneas del Gobierno. Con todo, su capacidad en este aspecto parece bastante limitada. No se entiende que al final no atacaran y tomaran por asalto el pueblo, donde no habrían encontrado resistencia alguna. Una maniobra como ésta les habría llevado a la retaguardia de las tropas del Gobierno y no sólo les habría dado la victoria y la posibilidad de capturar a toda la columna, sino que habría significado un golpe demoledor para todo el frente de Córdoba. En vez de ello, tanto los moros como los aviones dejaron de actuar hacia las seis y media de la tarde; es probable que pensaran que este día habían hecho un buen trabajo, que se acercaba la noche y que, por el momento, ya era suficiente. Además, y por otra parte, el bombardeo fue absolutamente ineficaz. Me pregunto dónde han podido fabricar las increíbles bombas que se usaron en esta ocasión. El propio hecho de bombardear consistió sencillamente en arrojear bombas desde gran altura, sin un reconocimiento previo del terreno. En resumen, toda la acción de los insurrectos fue ese día una farsa, y ni siquiera una farsa sangüinaria.

Pero las cosas aún fueron peor en el bando del Gobierno. Cuesta encontrar palabras adecuadas para definir la conducta del estado mayor. Los oficiales del frente carecían incluso del valor que se da por supuesto. Los guardias del pueblo huyeron, lo mismo que los milicianos, tan pronto como vieron que las cosas se ponían feas de verdad. Algunos de los desastrosos errores cometidos en el combate que presencié se debieron claramente a

la incompetencia del estado mayor. Semejante grado de incompetencia y falta de responsabilidad debe de ser excepcional. Aun así, es posible que haya entre las fuerzas del Gobierno muchos estados mayores de calidad inferior. Pero incluso aunque el estado mayor actuara con más competencia que en Cerro Muriano, la milicia seguiría demostrando ciertas desastrosas deficiencias. Es incapaz de hacer frente al impacto de las armas modernas, los ataques aéreos y el fuego de artillería, incluso de cañones de poco calibre. No se le ha enseñado que nunca debe abandonar una posición a no ser que se lo haya ordenado expresamente el mando. Cuando las milicias huyen, creen simplemente que la suerte les ha sido adversa y no tienen ningún sentimiento de culpa. Si esto no cambia, no me cabe la menor duda de que los insurrectos ganarán la guerra. Disponen de material bélico moderno que les llega del extranjero. Ni es de buena calidad ni lo tienen en abundancia, pero al parecer es suficiente para acabar con las milicias.

Un entrenamiento concienzudo ayudaría sin duda a preparar a los milicianos para la batalla, pero todavía es más importante la disciplina. Después de lo que he visto en Cerro Muriano, me creo lo que se cuenta de Orpesa y de Talavera: que la milicia huyó, pero no tras una batalla intensa, sino tan pronto como empezaron a caer las primeras bombas y a dispararse los primeros proyectiles. Esto contrasta marcadamente con el innegable heroísmo que debieron de demostrar en las luchas callejeras que hubo en Madrid y Barcelona. Pero, al parecer, para la mentalidad española existe una gran diferencia entre luchar en las calles de la propia ciudad y afrontar al enemigo en campo abierto.

*6 de septiembre*

Pasamos la noche en Posoblanco junto con varios periodistas españoles que, a pesar de los elocuentes y optimistas telegramas que habían mandado a sus periódicos, no ponían en duda que

## CONTENIDO

*Prólogo* por HUGH THOMAS, 7

### EL REÑIDERO ESPAÑOL

*Introducción*, 13

#### I. ANTECEDENTES HISTÓRICOS, 17

LA ANTIGUA MONARQUÍA, 17

EL PERÍODO DE LA RESTAURACIÓN, 43

LA DICTADURA DE PRIMO DE RIVERA, 59

LA SEGUNDA REPÚBLICA, 67

#### II. DIARIO DE LA REVOLUCIÓN (1936), 87

LOS FRENTES OCCIDENTAL Y MERIDIONAL, 168

#### III. EL SEGUNDO VIAJE (1937), 205

DE NUEVO EN BARCELONA, 207

VALENCIA: EL GOBIERNO CENTRAL, 224

MÁLAGA, 248

COMBATE AÉREO, 268

EN LA CÁRCEL. EL RÉGIMEN POLICIAL, 277

MI SALIDA DE ESPAÑA, 300

#### IV. LA BATALLA DE GUADALAJARA, 305

#### V. CONCLUSIONES, 323

*Glosario*, 349

[Home](#)

Segnalazione © [Luca B. Pagni](#), Roma 2003

[HOME](#)